

“Muy bien”, podrá decir alguien, “si es verdad que estamos huyendo de Dios, ¿qué podemos hacer en relación con eso? ¿Cómo nos rendimos?”

En primer lugar, debemos ansiar algo mejor de lo que estamos experimentando actualmente. Ese deseo no puede ser autogenerado, puede venir únicamente de Dios, del Hijo y del Espíritu Santo. Los tres obran constantemente con el propósito de llevarnos a esta percepción.

Enseguida, debemos adquirir conocimiento del plan de salvación. Esto es algo que Dios no nos forzará a aprender, sino que nosotros mismos tenemos que colocarnos en el ambiente en el que esto ocurra -cualquier lugar en que sea leída, hablada o enseñada su Palabra. Dios no intenta forzar el conocimiento de su plan de salvación por nuestra garganta. Frecuentemente los fanáticos desean correr delante del Espíritu Santo. Mientras él habla tranquila y suavemente, con voz mansa y delicada, están por ahí azotando a otras personas con tablas de dos por cuatro pulgadas, y terminan apartándolas de Dios. Pero Dios no es agresivo. Se mantiene a nuestro lado, sin forzarnos y sin abandonarnos. Cuando huimos, nos sigue.

El tercer paso para ir a Cristo es admitir que estuvimos corriendo, intentando escapar de él a través de distintos caminos. Si nos miramos atentamente, reconoceremos nuestra condición pecaminosa. Dios no opera en el vacío; él nos ayuda a enfrentarnos con nosotros mismos, no con el fin de detenernos en nuestros defectos, sino para percibir honestamente nuestra incapacidad y entonces admitirla, sin excusas ni reclamos.

El último paso para ir a Cristo es el más difícil de todos, y a esta altura es que muchos de nosotros nuevamente comenzamos a huir. Debemos reconocer que no tenemos ninguna capacidad para cambiarnos a nosotros mismos. Aunque Dios esté corriendo tras nosotros, no puede ayudarnos hasta que estemos a las puertas de una gran necesidad. Y, a semejanza del hijo pródigo, no queremos ir a Jesús hasta que hayamos agotado todos nuestros recursos. “El Señor no puede hacer nada para sanar al hombre hasta que, convencido este de su propia debilidad y despojado de toda suficiencia propia, se entrega al dominio de Dios. Entonces puede recibir el don que Dios espera concederle. De nada es privada el alma que siente su necesidad” (El Deseado de todas las Gentes, p. 267).

Las personas que intentan encontrar a Cristo sin primero percibir su gran necesidad, sin percibir que sus propios

recursos no bastan, terminan siempre frustradas. Así como muchos no sienten la necesidad de asegurar sus posiciones terrenas hasta que su casa se incendia, del mismo modo algunos tienen que pasar amarguras innecesarias antes de admitir que necesitan a Cristo. Es tomar conciencia de la necesidad lo que marca la diferencia, y algunos nunca llegan al punto de rendirse, que es lo que realmente demuestra entrega, sumisión y renuncia.

¿Alguna vez tuviste la impresión de que Dios jamás se preocupó por ti? ¿Tuviste la sensación de que no sabe tu dirección o tu número telefónico? Quizá todavía no has llegado al punto de rendirte. Continúa creyendo que puedes hacer las cosas por ti mismo.

No podemos encontrar a Cristo hasta que lo busquemos de todo corazón, como si fuese, por así decirlo, una cuestión de vida y muerte. No podemos hacer eso hasta que renunciemos a nosotros mismos y a todos los otros recursos. Cuando nos damos cuenta de nuestra necesidad, la única cosa que podemos hacer es admitir nuestra incapacidad y pedir a Dios que asuma la dirección.

¿Cómo llegamos a percibir nuestra necesidad?

Existen dos caminos, y la mayoría de nosotros, lamentablemente, sigue el camino largo. Continuamos corriendo. Como describe C. S. Lewis: “Así, el impacto llega en el momento exacto, cuando la emoción de la vida nos es comunicada a lo largo de la pista que estuvimos siguiendo. Es siempre chocante toparnos con la vida, donde pensábamos estar enfrentándola solos. ‘¡Cuidado!’, gritamos. ‘¡Estoy vivo!’ Entonces, este es el preciso momento en que muchos retroceden [...] Un Dios impersonal -aceptable y bueno. Un Dios subjetivo de belleza, verdad y bondad, dentro de nuestra propia cabeza - mucho mejor. Una fuerza vital deforme oscilando en nuestro interior, un vasto poder que somos capaces de interceptar -el mejor de todos. Pero el propio Dios vivo y tirando de la otra extremidad de la cuerda, es un asunto muy diferente. Viene el momento en que los niños que estuvieron jugando de asaltantes, quedan en silencio rápidamente. ¿El ruido de pasos que escuchamos en el corredor fue real? Llega el momento en que las personas que estuvieron entrometiéndose en religión... súbitamente retroceden. ¿Será que lo encontramos? ¡Jamás pretendíamos llegar a tanto! Todavía peor, ¿y si él nos encontró?” (Miracles, pp. 96, 97).

Si descubres que estuviste huyendo de Dios, aunque hayas sido miembro de iglesia durante años, y ahora desees encontrarlo, colócate en un lugar en el que Dios pueda hacer su obra. Asóciate con otros que están interesados en





buscar una vida cristiana más profunda y estudia con ellos. Dirígete a aquel servicio religioso o culto, busca una ocasión en que Dios pueda estar obrando de manera especial, donde el Espíritu Santo sea capaz de alcanzarte. Ponte de rodillas ante su palabra y medita sobre la vida de Cristo.

No huyas, no corras. Con lo mejor de tu capacidad, pídele a Dios que te conceda la gracia de dejar de correr. La fe y la gracia son dones de Dios, y él está dispuesto a otorgarlos a quien lo pida. No puedes cambiar tu corazón, no puedes regenerarte. Ni siquiera puedes convertirte, pero por lo menos puedes permitir que Dios te alcance. No esperes que venga el orador apropiado. No esperes que tu vida mejore. No esperes pasar por una larga y difícil vida de sufrimiento y problemas. Quisiera invitarte a retirar tu Biblia del armario, quitarle el polvo y leer cada día un capítulo de los evangelios, que registran la vida de Cristo. Cuando termines, inicia nuevamente, buscando nuevas ideas, orando sobre lo que has leído. Dale a Dios una oportunidad. Él constantemente busca el momento en que puedas darle una oportunidad.

Si buscas conocer a Dios de todo corazón, verdaderamente lo encontrarás, porque *“nunca se ofrece una oración, aun balbuceada, nunca se derrama una lágrima, aun en secreto, nunca se acaricia un deseo sincero, por débil que sea, de llegar a Dios, sin que el Espíritu de Dios vaya a su encuentro. Aun antes de que la oración sea pronunciada, o el anhelo del corazón sea dado a conocer, la gracia de Cristo sale al encuentro de la gracia que está obrando en el alma humana”* (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 162).

Agradezco a Dios por buscarme cada día, ¿y tú? Yo quiero permitir que me tome en sus brazos, que me encuentre, no solo al inicio de mi vida cristiana, sino también a lo largo de todo el camino. ¿Quieres unirse a mí en la búsqueda de esa experiencia viva y personal con él?:

“Querido Padre celestial, muchos de nosotros pasamos algún tiempo imaginando que intentamos encontrarte, cuando en realidad estábamos escapando. Gracias por seguirnos, por no desistir de nosotros. Oramos para que cada día nos aproximemos más y más a ti, que podamos encontrarte y lograr descanso para nuestra alma. Te agradecemos porque nos provees abundante misericordia y amor. En el nombre de Jesús. Amén”.

Fuiste creado para caminar diariamente con Dios

Dios no es agresivo. Se mantiene a nuestro lado, sin forzarnos y sin abandonarnos. Cuando huimos, nos sigue.

Las personas que intentan encontrar a Cristo sin primero percibir su gran necesidad, sin percibir que sus propios recursos no bastan, terminan siempre frustradas. Cuando nos damos cuenta de nuestra necesidad, la única cosa que podemos hacer es admitir nuestra incapacidad y pedir a Dios que asuma la dirección. Si descubres que estuviste huyendo de Dios, aunque hayas sido miembro de iglesia durante años, y ahora deseas encontrarlo, colócate en un lugar en el que Dios pueda hacer su obra.

“Los creyentes que se vistan con toda la armadura de Dios y que dediquen algún tiempo diariamente a la meditación, la oración y el estudio de las Escrituras, se vincularán con el Cielo y ejercerán una influencia salvadora y transformadora sobre los que los rodean. Suyos serán los grandes pensamientos, las nobles aspiraciones, y las claras percepciones de la verdad y el deber para con Dios. Anhelarán la pureza, la luz, el amor, y todas las gracias de origen celestial” (Testimonios para la Iglesia, t. 5, p. 105).



El programa de Dios para mi vida hoy

El mensaje que Dios me dio en esta jornada es: _____

Lo que Dios espera de mí: _____

El programa de Dios para mi vida hoy...

En la mañana: _____

En la tarde: _____

En la noche: Dormir temprano, _____

Personas por las cuales estoy orando:

1. _____

2. _____

3. _____

4. _____

5. _____

6. _____

7. _____

Mis anotaciones:
